

PRÓLOGO

NATALIA BABAROVIC

JOHN AUBREY NACIÓ en 1626 en Easton Piers, en Wiltshire, Inglaterra, y fue hijo de un terrateniente cuyos bienes, a su muerte, apenas alcanzaron para cubrir sus deudas. Esto fue sólo parte del destino funesto que la “ordenación de los planetas” designaba para Aubrey desde el día de su nacimiento. En el recuento que hace de su propia vida, incluido en este libro, comienza (en tercera persona) haciendo referencia a su mala estrella: “Su vida es más notable en el aspecto astrológico que por cualquier progreso en el campo del conocimiento, habiendo luchado desde su nacimiento (hasta hace poco) bajo el influjo de planetas malignos, por cuarenta años: escapadas de muchos peligros en viajes por tierra y por mar”. Luego especifica la fecha, hora y año en que este destino se configuró: nació “el 12 de marzo (día de San Gregorio) del año de nuestro señor 1626, en horas cercanas al amanecer, siendo muy débil y a punto de morir, por lo que fue bautizado antes de la oración de la mañana”.

Su percepción de la vida a la luz fatalista de la astrología adquiere cierta importancia si se considera que era uno de los hombres mejor informados sobre el estado

del conocimiento en su época y con el rango de intereses más amplio, aunque tal vez no el más profundo. “Tenía la inteligencia necesaria para comprender el sistema de Newton”, dice Lytton Strachey, “pero no la que haría falta para comprender que el horóscopo es un absurdo; de manera que en aquel cerebro parecido a una poblada almoneda, la astronomía y la astrología ocupaban un lugar propio, y tenían idéntico valor”. Sin embargo, al leer las *Vidas breves*, su conciencia nos parece a menudo mucho más cercana a la nuestra que la de otros connotados de su época, como Milton o incluso Dryden.

Más tarde, la Guerra Civil, la enfermedad y muerte de su padre, las deudas y la constante falta de dinero impidieron que terminara sus estudios en Oxford y después en Londres. En otra ocasión, las objeciones de su madre entorpecieron sus planes de viajar a Italia que pudieron salvarlo de la ruina. Los juicios por la herencia de su padre y otro contra Joan Sumner, una mujer que cometió el error de cortejar, lo dejaron desposeído y lo obligaron a refugiarse de los alguaciles en las casas de sus amigos y conocidos.

Pero, a pesar de sus infortunios, su única gran ventaja para un hombre de su época se la debió a la situación de su padre y a la de varios parientes o “primos”: la de ser considerado un caballero. En el siglo XVII era bastante habitual que los nobles y acaudalados recibieran en sus hogares a caballeros caídos en desgracia y les dieran refugio, beneficio que se retribuía tácitamente con la grata compañía y la agradable conversación del asilado. Estas últimas son virtudes que Aubrey poseía en abundancia y que le permiti-

tieron, en buena medida, obtener los testimonios para las *Vidas* y hacer sus observaciones sobre las bibliotecas y los documentos privados de la gente que le interesaba.

En su biografía de Aubrey, Lytton Strachey asegura que después de haberlo perdido todo, y sólo entonces, la felicidad descendió sobre él y se halló por fin ante el “dulce *otium*”: “El Conde de Thanet me abrió sus puertas en Heathfield. Nunca sereno, privado de toda felicidad hasta que me deshice de todo, 1670, 1671: momento en el cual la providencia me levantó (inesperadamente) buenos amigos: Su Señoría Nicholas, Conde de Thanet, con quien me refugié permaneciendo escondido casi un año entero en Heathfield, condado de Kent; Sir Christopher Wren; el señor Ogilby; luego Edmund Wyld, terrateniente, miembro de la Royal Society, de Glasely Hall en Shropshire, me abrió sus brazos, y es con quien consumo mis alimentos y mis dulces momentos de ocio”.

Esta vida errante como huésped de la nobleza también le otorgó una cualidad moderna a su punto de vista en la escritura. El lenguaje epistolar, los diarios, las anotaciones al margen, las guías de campo, la recolección de testimonios sobre personas o eventos, en su acumulación, constituyeron el cuerpo de su obra. Mientras vivía sólo publicó *Misceláneas*, subtulado *Recopilación de filosofía hermética*, un libro pequeño sobre apariciones y fantasmas. Aparentemente debe a esta publicación su fama de loco y supersticioso. La causa de este inmerecido desprecio queda explicada al leer nada más que los títulos de los capítulos del libro: “Golpes invisibles”, “Transportaciones

aéreas”, “Conversaciones con ángeles y espíritus”, “Descubrimiento de dos asesinatos por espíritus” y cosas por el estilo. Pero tanto en este libro como en casi todas sus obras nunca terminadas se ve un rigor en la recopilación y una fidelidad en la transcripción de los testimonios que lo sitúan ahora entre los precursores de las técnicas modernas de arqueología y del registro de la tradición oral. En su *Historia natural de Wiltshire* se queja de que “las guerras no sólo extinguen la religión y las leyes, sino la superstición”, y se dedica allí a registrar lo que llama la “antigua filosofía natural del vulgo”.

A los 18 años encargó a varios dibujantes hacer registros, desde distintas perspectivas, de las ruinas de la abadía de Osney, al saber que serían pronto demolidas. Un grabado de Hollar, hecho a partir de uno de estos dibujos, es el único registro que queda de ese edificio. En 1655, cuando llegó a sus manos *Stonehenge Restored* de Inigo Jones, Aubrey se sintió compelido, como nativo y conocedor de esa región, a visitar una vez más el lugar. Quería confirmar su intuición del error de Jones, a saber, que Stonehenge era un monumento romano. Esto lo llevó a descubrir el círculo de agujeros que rodea ese lugar sagrado y que ahora es llamado “el círculo de Aubrey”. Ya antes, a los 23 años, había puesto su atención en las piedras de Avebury, un emplazamiento semejante a Stonehenge que mostró al Rey Charles II, quien le pidió que escribiera sobre eso para él. Ese texto por encargo es el que llegó a conformar *Monumenta Britannica*. Nunca el texto fue publicado durante su vida, pero hoy su prosa resulta admirable como

también el acento que pone en la información tomada de la experiencia directa, de la fuente oral (por oposición a los libros y autoridades tradicionales).

Aubrey puso también su atención en monumentos de una nueva clase, como cerros fortificados y túmulos o *barrows*, es decir, buscó “detrás de los romanos”, que representaban la autoridad máxima como fuente histórica en su época. John Fowles, que editó junto con Rodney Legg una edición facsimilar de *Monumenta Britannica*, opina sobre Aubrey: “Era demasiado cercano al inglés hablado, al tono de la carta privada, como si estuviera siempre hablándose un poco a sí mismo; nunca lo suficientemente artificial o latinizado para ser tomado en serio. Su modestia es escasamente creíble para nosotros ahora, que lo vemos como un maestro de la prosa naturalmente poética y no forzada. En una ocasión escribió esto: ‘Vi cómo decapitaron al señor Christopher Love en Tower Hill en un día claro y delicado’. Todo su genio se concentra en ese ‘delicado’ que no se esperaba. Por mucho tiempo la he considerado la frase corta más satisfactoria de la lengua inglesa”.

El regocijo de Aubrey con la información marginal, con el dato que desvía la atención del curso general de la historia, es lo que da el toque de modernidad a su prosa y lo que lo transforma, para la visión contemporánea de la historia, en un adelantado. Pero es también la expresión de su sensibilidad poética: el conjunto de circunstancias adyacentes al hecho histórico en las que éste se cristaliza; aquellos detalles que podrían interesar a un arqueólogo, a un detective forense, a un novelista o incluso a un pintor;

lo que tuvo lugar, independientemente de su sentido en el curso general de la historia, pero que le otorga verosimilitud al relato. Se trata de configuraciones azarosas que tal vez pudieran asociarse con su lectura astrológica de los acontecimientos. Anotaciones aparentemente sin importancia: que en la hora de su muerte tal o cual personaje histórico llevaba puesto un traje de tal o cual color, que no había tomado desayuno, que el día estaba nublado, etcétera, son el tipo de cosas que Aubrey quiere preservar del olvido y ejemplifican su relación con la memoria.

Según Marcel Schwob, esos datos marginales son la clave del arte. En su ensayo *El arte de la biografía*, dice: “El arte es todo lo contrario de las ideas generales; sólo describe lo individual, sólo propende a lo único. En vez de clasificar, desclasifica”. Y más adelante: “Aubrey no sintió jamás la necesidad de establecer una relación entre los detalles individuales y las ideas de orden general. Le bastaba que otros hubiesen consagrado a la celebridad a los hombres que le interesaban. La mayor parte del tiempo no se sabe si se trata de un matemático, de un estadista, de un poeta o de un relojero. Pero todos ellos presentan su rasgo único, que lo diferencia para siempre entre los hombres”. Y, en efecto, en estas breves biografías, sólo en contadas ocasiones se expone Aubrey en las obras o acciones que hicieron famosos a sus biografiados. Por ejemplo, el párrafo dedicado a la cabeza de Thomas Hobbes, autor del *Leviatán*: “Cabeza. En su vejez fue muy calvo (lo que llamaba a la veneración); y sin embargo, dentro de su casa, solía estudiar y sentarse con la cabeza descubierta y decía que nunca se le había

enfriado y que la mayor dificultad era mantener alejadas las moscas que libaban en su calva”.

Es decir, Aubrey evita aburrirnos contándonos lo que ya sabemos sobre el personaje en cuestión, o lo que podemos aprender de otras abundantes fuentes. De Thomas More, el famoso autor de *Utopía*, retratado magistralmente por Hans Holbein, nos cuenta una anécdota que revela la astucia del gran estadista: “Sucedió un día que un lunático se acercó con la intención de empujarlo desde las almenas, diciendo ‘¡salta, Tom, salta!’. El canciller estaba en camisión y además era un anciano y no podía luchar con un tipo tan fuerte. Milord tenía un pequeño perrito y dijo: ‘Tiremos primero al perro para ver lo divertido que es’. Entonces el perro fue arrojado desde las almenas. ‘Qué cosa más divertida’, dijo milord, ‘vamos a buscarlo para hacerlo de nuevo’. Mientras bajaba el lunático, milord cerró con llave la puerta y llamó pidiendo ayuda, manteniendo la puerta bien cerrada”.

Aubrey vivió en la época de la Commonwealth of England (llamada Interregnum por los monarquistas), considerada una república *de facto* y discutiblemente *de jure*, cuyo poder ejecutivo estuvo en manos del llamado Rump Parliament y de los protectorados de Oliver Cromwell y Richard Cromwell. La Commonwealth se inició con la Guerra Civil y el regicidio de Charles I y concluyó con la reinstauración de Charles II. Aubrey debe haber presenciado múltiples ejecuciones durante su vida, además de la abolición de instituciones y tradiciones ancestrales: los puritanos veían como excesos las costumbres del antiguo

régimen y suprimieron feriados como la Navidad y la Pascua de Resurrección, por tener orígenes paganos.

Cuando Aubrey se queja del cierre de los conventos, lo hace no por razones religiosas, sino prácticas: hubiera sido su plan asilarse en los conventos, trasladándose de uno a otro según la necesidad, como se hacía en tiempos de su abuelo, para meditar. En este contexto, Aubrey muestra su época exponiendo las decapitaciones, las terribles enfermedades y los abismos de ignorancia en un mismo plano con el lujo y la sofisticación del período.

En la presente edición de *Vidas breves* se han seleccionado las biografías de los personajes más conocidos para el lector contemporáneo junto con otras que conservan algún interés particular. Se ha trabajado con la edición facsimilar de Andrew Clark (Clarendon Press, Londres, 1898).

El texto original y completo está compuesto de varias clases de fragmentos, como repeticiones, notas del autor para sí mismo y comentarios a su amigo Anthony Wood, el destinatario último de los textos. Aubrey estaba recopilando para Wood la información que éste le había pedido para su libro *Athenea Oxonienses* sobre escritores y obispos educados en la Universidad de Oxford entre 1500 y 1690.

Los monumentos sepulcrales, inscripciones y epitafios fueron otra de las ocupaciones de Aubrey. En su libro *Wormholes*, John Fowles comenta que Aubrey había soñado alguna vez que era sepultado junto a la urna en un antiguo túmulo descubierto por él en Broad Chalk en Wiltshire. Sin embargo, paradójicamente, no ha quedado ningún registro de la tumba de Aubrey. Se sabe que

sufría de gota y apoplejía y que en el verano de 1694 escribió “mi vela se acorta”. El año anterior había sido atacado por ladrones y sufrió múltiples heridas en la cabeza. Los registros de la parroquia de la iglesia de Saint Mary Magdalen en Oxford dan cuenta de su entierro en pocas palabras: “1697. John Aubrey, un extraño, fue enterrado el día 7 de junio”.

EDWARD ALLEYN
1566 – 1626

EL SEÑOR ALLEYN, siendo actor trágico, y parte del elenco original en muchas de las celebradas obras de Shakespeare, en una de las cuales hacía el papel de un demonio con otros seis actores, fue sorprendido en medio de su actuación por la aparición del diablo, lo que encendió su imaginación tanto como para hacer una ofrenda, que tomó cuerpo oficialmente en la fundación del Dulwich College... No obstante la solemnidad de esta donación, el donante vivió lo suficiente como para cambiar de opinión al momento de casarse por segunda vez [con Constance, hija del poeta John Donne], cuando estaba deseoso por retractarse de su acto caritativo, pero no le fue permitido.